

# El pavo pavoroso o la autoedición de El cartel

Se acerca la navidad, el pienso rebosa en el corral donde engordan los pavos ajenos a su cruel destino. Todos lucen fornidos plumajes fruto de la generosa alimentación. Todos salvo uno. En un rincón marginado, temblando, un pavo pavoroso con cuatro plumas. Es mayor que sus compañeros menores de año. Cuando llegó a la granja era el más joven, tanto que a la hora del sacrificio industrial, última finalidad del corral, el amo lo apartó. No era pavo maduro para la mesa. Entonces vio desaparecer a todos sus congéneres desplumados para el horno navideño. Cuando de nuevo abundó el alimento, el pavo pavoroso recordó los fastos del año pasado, preludio del genocidio avícola. Por eso tiembla en su rincón, pedado de miedo y sólo cuatro plumas le quedan.

Curiosa introducción para un artículo sobre la autoedición del cartel. Necesitaba una imagen metafórica para presentar nuestro proyecto editorial a cuatro manos, perdón plumas. Hace muchos años, antes de navidad, Mutis, Olaf, Eneko, César y Jaques Le Biscuit decidieron publicar un afiche panfletario y pegarlo sin nombre ni permiso en las calles de la ciudad, hartos de las interminables obras urbanas. Siguieron 43 carteles abarcando temas genéricos, de actualidad: la Navidad, por supuesto, con su exceso e hipocresía consumista, guerra oriental y bombardeo balcánico, malos tratos, deporte, marea negra, desinformación, religión... En general temas preocupantes para cuatro dibujantes colaboradores de la prensa. Los lectores bautizaron el cartel para comentar el trabajo.

Ahora nos piden este artículo sobre nuestra experiencia auto-editora. Se utiliza el prefijo auto para distinguir la edición de un editor de la de un autor. Basta con reseñar la diferencia entre estas dos figuras para aclarar el tema. El editor encarga un texto, un dibujo, una foto, una canción, un objeto, y pone el dinero para fabricarlo. Cuando el encargado de dibujar, fotogra-

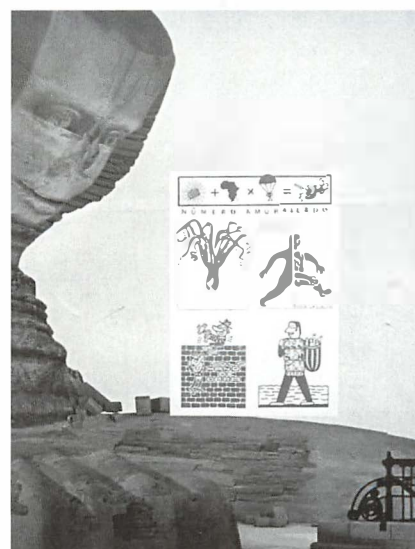
fiar, redactar, componer o diseñar financia el proyecto, se convierte en autoedición. La ausencia de editor automatiza la edición. Es la única diferencia sustancial. La motivación y el resultado son idénticos. Un editor puede ser mecenas y un autor hombre de negocios. En cuanto a las bondades o inconvenientes de la autoedición, dependen exclusivamente de la relación que manejan el autor y el editor. Un asunto esquizofrénico cuando uno cumple los dos papeles con intereses divergentes. El cartel al ser un cuarteto, negocia el color, la temática, las fechas, en función del daltonismo de uno, las obsesiones de otro y la disponibilidad de todos. Como somos amigos, nos llevamos bien con el editor.

Obviamente la temática coral del pavo pavoroso me inspira más que los temas editoriales. Así que si queréis saber porqué tiemblan las cuatro plumas del cartel, fijaos en las paredes de la ciudad o visitad nuestra web: [www.elcartel.es](http://www.elcartel.es) editada por un amigo gratuitamente.

## Hacer el cartel

Una vez que acordamos la idea para el próximo número del cartel, quedamos para rematar varias cuestiones, como el diseño o algo que es realmente importante: el título que va a llevar. Se trata de buscar uno que refleje el tema y no sea muy obvio, que tenga un poco de gracia y conecte con lectores "avezados", buscando cierta conexión para que consiga captar la atención. Esto es realmente importante pues el cartel suele durar muy poco en las paredes de la ciudad. Esa corta vida del cartel exige que tenga que tener algo que lo haga diferente a la avalancha de carteles que se empapan unos encima de otros principalmente con anuncios de conciertos.

El cartel no vende, ni se vende, ni anuncia nada, es una reflexión gráfica de



unos dibujantes empeñados en usar las calles de la ciudad para opinar sobre algo que está en el aire, y de paso afinar la visual del personal, cosa que siempre está bien. Siempre es una actividad divertida, estimulante, nocturna y poética.

El pegamento también es muy poético. Y ese es el próximo paso. De hecho es el paso anterior, pero muy importante. Buscar la consistencia perfecta para que los carteles autoeditados se agarren a la pared el tiempo suficiente para que los paseantes lo puedan disfrutar.

Y esto es el pago, el reembolso del cartel. Viendo que el paseante lo tiene a su alcance, si le apetece. Que los mensajes y opiniones de cuatro personas anónimas, que sean muy profundos o muy superfluos, salen a la calle para el disfrute, la rabia o el olvido del público.

Nadie puede imponer los temas y reglas del cartel, y nadie obliga al público a prestarles atención. Un equilibrio perfecto. ◀▶

El cartel

## 1/2 vaca. Un refugio para la poesía

SE CORTE  
POR DONDE  
SE CORTE  
LA POESIA  
QUEDA SIEMPRE  
EN LA OTRA MITAD  
DE LA VACA

Así comenzaba, allá por el año 1991, el primero de los envíos recopilatorios que, de caja en caja y de treinta y tres en treinta y tres medias vacas, se iban sucediendo sin lugar para el respiro. Lejos de la observación inicial del editor, la poesía aparecía por todos los rincones, por los codillos o por el lomo, por el morro o por el rabo, por las orejas o por las ubres. Toda llena de “libros”, más que una 1/2 vaca era una vaca y 1/2. Era un compendio de sabiduría cotidiana que reivindicaba la placidez en el arte del saber rumiar, una invitación a leer tumbados sobre el pastizal.

Recuerdo mi mano demorada en doblar el folio en cuatro para construir ocho páginas, o en seguir el tacto de la tinta sobre el dorso retraído del pliego. Eran cuadernillos de poesía en movimiento, juglares contemporáneos que daban vueltas como antaño al devenir incesante de la voz, de mano en mano como de mona en mona, de paso en paso como de sapo en sapo o de sopa en sopa. De la voz a la calle pasando por el pliego, del verbo al adverbio y del nombre al adjetivo, del querer al poder y de la palabra al infinito. Avanzábamos en la noche cogidos de la palabra para no perdernos en el bosque de lo innombrado, y nuestras manos ceñían la cintura del poema. No hay duda. La 1/2 vaca sirvió para que nuestras neuronas aprendiesen a calibrar la distancia entre una coma y un punto, entre un verso y su reverso, entre un nombre y su consuelo. Sabemos manejarnos en la selva del lenguaje gracias a que un día fuimos invitados a participar en semejante festín para nuestro deleite.

Escribir una 1/2 vaca se antojaba como escribir una postal y deslizarla por la rendija de las puertas, asomarse a las ventanas para mirar, dar una vuelta a la manzana subido a lomos de “Francisca”, saborear la docena de huevos de Fernández Molina o los rostros dibujados por alguien que un día fue niño, darse de bruces con un folio hecho un cuatro que se desdoblaba como un acordeón al ritmo de los poetas que lo doblaron y lo desdoblaron antes que tú, mientras lo escribían o lo leían, como hipnóticos hacedores anónimos de un poema enorme, que ocupaba no sólo el espacio sino también el tiempo y las conciencias, las vidas de cada autor empujadas a ser en un breve trozo de papel resumido en una cuadrícula.

Tuve conciencia de ser eslabón de una larguísima cadena que se perdía entre las esquinas de un folio mágico. Y en ese trajín llegué incluso a recuperar a mi padre y renové sus letras, en un ademán de encuentro y despedida, alumbrado tal vez por la sabiduría que parecen desprender los que ya han muerto, sumidos en un hábito de certeza que los hace inefables, pero capaces todavía de ser, de pertenecer, de convivir a través de unas escasísimas páginas que sin embargo atesoraban la enormidad del encuentro, la grandeza del hallazgo. Poco después quise que llegaran los rostros de mi hijo, y el asombro se adueñó de mi mirada al comprobar con cuánta insistencia indagaba todo aquello que me era desconocido. A través de mis manos uní el pasado y el futuro.

Fuimos muchos los que tuvimos la fortuna de pasar por sus páginas, éramos una legión reunida alrededor de un fuego que